IX.

El secreto de la tia Ursula.

ALEJANDRA no acudió á la cita que le habia dado la tia Ursula: en vano la buena vieja hizo mas viajes al arroyo de los que necesitaba, y acarreó tanta agua como si tratara de apagar el incendio de su casa.

La mañana se pasó sin haber visto á la muchacha, y llegó por fin la tarde de aquel dia, y la tia Ursula iba creyendo ya que no vendria Alejandra, cuando la vió cruzar delante de su casa.

La Flor de la Costa, como la llamaban los mozos del pueblo, no iba alegre y cantadora como la víspera; melancólica y distraida, caminaba como instintivamente, sin contestar un saludo, y sin volver siquiera la cara al jacal de la tia Ursula.

La vieja salió precipitadamente en su alcance, y á pocos momentos caminaba ya á su lado.

—Hija mia, toda la mañana te he esperado: te dije ayer que tenia que hablarte de una cosa importante, y anoche he soñado tanto, que antes de que saliera el sol ya no podia dormir; soñaba que me moria, que me llevaban al cementerio, y

que no podia decirte este secreto que puede importarte mucho. ¿Qué te ha sucedido? ¿qué tienes? ¿porqué no viniste hoy en la mañana? No me contestas.... estás distraida, ¿estás enferma?

—Sí, tia Ursula, contestó Alejandra, estoy enferma: apenas he dormido anoche; me duele la cabeza, me siento mal, muy mal.

—¡Ave María Purísima! serán las calenturas: es preciso curarte, curarte pronto; yo me iré esta noche á tu casa.

—No hay necesidad, tia Ursula, esto no ha de ser nada, nada: y creo que mañana ya estaré buena. ¿Sabe usted que mañana tenemos que salir?

—Salir, ¿y para donde?

—Tenemos que hacer un viaje á Morelia: mi padre dice que tiene allí un negocio importante.

—¿A Morelia? Hija, Dios lo dispone todo: ahora mas que nunca es necesario que yo te diga un secreto: siéntate aquí sobre este tronco.

—Pero tia Ursula, si me esperan en casa: no me puedo tardar, tal vez me regañan.

—No importa, el negocio de que tengo que hablarte, es el último encargo de Andrés; te lo diré muy pronto, y ahora mismo, porque el corazon me dice que tú te irás y no nos volveremos á ver nunca.

Alejandra se sentó maquinalmente sobre un tronco de palmera, y la vieja se colocó á su lado.

En aquel momento pasaba á corta distancia de ellas y caminando hácia el arroyo, la mujer del herrero.

¿Tú sabes, Alejandra, comenzó á decir la tia Ursula, quién era tu padre?

A una pregunta tan intempestiva y sobre una materia que en aquel momento tenía enteramente preocupado su espíritu, la jóven se sintió como sorprendida en el misterio de su pen-

samiento, y contestó como respondiendo á sus propias reflexiones: todo lo sé.

—Pues bien, continuó la vieja, no hay que hablar de eso, no hay que hablar de eso ya. Andrés era un hombre de buen corazon, y la suerte de tu padre y la de Margarita y la tuya le afectaban sobremanera; no estaba en su mano remediar aquellas desgracias, pero él tenia un secreto que quiso dejarte como una herencia para remediár parte del mal, al que habia contribuido tan inocentemente.

—Tú sabes que mi marido sirvió en la guerra de la Independencia: pues bien, hubo una vez en que yo no sé cómo ni por dónde nuestras tropas fueron completamente derrotadas: Andrés andaba entonces en la escolta de la Comisaría del Sr. Morelos. Todo se habia perdido: Andrés y otro compañero suyo lograron sacar seis ú ocho mulas cargadas de dinero: eran costalillos llenos de onzas de oro, porque en aquel tiempo el dinero no andaba tan escaso como en éstos; caminaron todo el dia y toda la noche, porque los soldados del Rey hacian una persecucion muy activa y era necesario ponerse en salvo.

Así llegaron hasta la orilla del rio de las Balsas, pero les fué imposible pasar: el rio estaba crecido, y el temor de las tropas realistas impedia á los barqueros atravesarle.

Reconocieron el lugar en que se encontraban: era precisamente el balseadero que queda en la orilla opuesta del pueblo de Zirándaro.

Andrés y su compañero se pusieron á reflexionar: atravesar el rio era imposible, volver atrás era caer irremisiblemente en manos de las tropas españolas; y ¿cómo ocultarse en el monte, llevando aquellas mulas y sin tener un lugar seguro donde permanecer? Era, pues, preciso ocultar aquel dinero y conducir á las mulas tan léjos que no por ellas se pudiese entrar en sospechas.

Así determinaron hacerlo: caminaron entonces desde allí en la misma direccion de la corriente, y sin dejar la márgen de

recha del rio, hasta cosa de media legua: allí encontraron una ziranda inmensa, y al pié de este árbol determinaron depositar su carga. A cada uno de los lados de aquella ziranda crecia una palma; creeríase que la naturaleza se habia empeñado en poner allí aquellas señales para volver á encontrar el depósito.

Con las espadas, con los cuchillos, con algunas estacas de árbol, Andrés y su compañero hicieron en muy poco tiempo una profunda escavacion, descargaron las mulas y colocaron allí dentro diez y siete sacos de dinero: volvieron á cubrir, y ya al retirarse, el otro soldado le dijo á mi marido:

—¿No te parece que seria bueno poner encima aquella piedra grande que está allí?

—No es necesario, contestó Andrés: aquí la yerba crecerá muy pronto, y esta piedra arrancada de su lugar puede llamar la atencion.

—No seas flojo, repitió el otro; bájate del caballo y ayúdame; y acompañando la accion á las palabras, se apeó del caballo y se dirijió á la piedra.

Andrés le imitó: la piedra no pesaba gran cosa, y con pocos esfuerzos comenzaba ya á moverse en su alveo, cuando el compañero de Andrés lanzó un grito y se puso horriblemente pálido, retiró las manos de la piedra y en la izquierda se mecia prendida una terrible víbora de cascabel.

Andrés, sin perder su sangre fria, y comprendiendo lo activo de aquella ponzoña, dió muerte á la víbora y propuso inmediatamente á su compañero cortarle la mano, remedio espantoso, pero el único eficaz en semejantes casos.

El hombre se resistia al principio, pero el frio glacial de la muerte comenzaba ya á apoderarse de su mano con dolores horribles y con una rapidez asombrosa; se armó entonces de resolucion, y le dijo á Andrés: corta, poniendo su brazo sobre la misma piedra que habian intentado mover.

Andrés sacó el machete y descargó un golpe sobre aquel brazo; pero el trabajo de la escavacion habia acabado el filo del machete, y la emocion y el cansancio habian agotado las fuerzas de Andrés; una ancha herida por donde brotó un manantial de sangre, fué el resultado de aquel primer golpe.

El hombre dió un grito, pero no retiró su brazo; córtame, córtame, decia, córtame pronto; la ponzoña sube, tengo unos dolores insoportables; si no cortas pronto, me muero.

Andrés vacilaba: el soldado, pálido, iba adquiriendo en su rostro sombrío, tintes azulados, su boca comenzaba á llenarse de espuma, y con acento desesperado y con voz ronca, córtame, decia, que me muero.

Andrés entonces se sintió como trastornado, levantó el machete y dió otro golpe y otros, hasta que la mano quedó separada del brazo; pero era ya inútil, en vano el herido habia soportado aquella bárbara operacion; el veneno habia circulado por su sangre, y pocos momentos despues espiró enmedio de una espantosa agonía.

Andrés nada podia hacer, no podia tampoco perder mucho tiempo; y dejando allí el cadáver de su pobre compañero y todas las mulas, volvió á tomar tristemente por la orilla derecha del rio, caminando entonces contra la corriente.

Despues de esto no le fué posible volver al lugar en que habia depositado el dinero: habló de ello á varios de sus gefes, pero nadie le hizo caso.

Poco antes de morir me dijo: cuando Alejandra sea ya grande, confiale este secreto y que haga ella con ese dinero su felicidad y la de sus hijos.

—Ya lo has oido, hija mia: á media legua del balseadero de Zirándaro, rio abajo una ziranda, entre dos palmas; no lo olvides: y ahora adios, abrázame, porque mañana te vas y no nos volveremos á ver.

La mordedura de la vivora.

—Adios, tia Ursula, rece usted mucho por mí que soy muy desgraciada.

Las dos mugeres se abrazaron llorando, y cada una tomó por su camino.

Poco tiempo despues la muger del tio Lalo llegaba á su casa repitiendo en voz baja—rio abajo una ziranda, dos palmas, ¿qué demonios querrá decir esto?—¿porqué no llegaria un poco antes? En fin, veremos si el padre Bernal puede entenderlo.

X.

El Viaje y el Encuentro.

MUY temprano, y al amanecer el dia siguiente, un movimiento inusitado se advertia en la casa de D. Plácido.

Dos criados cargaban fardos de equipaje sobre robustas mulas, mientras que otros tenian del ronzal algunas ensilladas, y entre las cuales se notaban dos que indudablemente debian ser de los amos.

La una era una poderosa mula prieta, con silla y bridas adornadas de plata, con un primoroso tapa-ojo bordado de chaquira que fingia deliciosas flores: tenia en el arzon un magnífico par de pistolas dragonas, y pendiente de la cabeza de la silla una espada con la empuñadura de plata y la vaina de cuero negro bordada de oro y plata. La otra mula era retinta, mas pequeña, pero mas bien formada, mas viva, por decirlo así; el arnes era semejante al de la primera, solo que no se veía ninguna clase de armas, y que sobre la silla cuidadosamente cubierta por ella, se ostentaba una manta de abrigo de encendidos colores; y una banda roja formaba una especie de columpio de la cabeza á la teja de la silla, colgando por el lado de montar.

Los criados terminaron su tarea, reconocieron la carga de las mulas, y poco despues D. Plácido y Alejandra salieron de la casa, seguidos de la criada que lloraba amargamente.

D. Plácido llevaba chaqueta y calzoneras; su sombrero no era ya el de palma, sino un elegante fieltro con toquillas de plata; y Alejandra tenia un sombrerito semejante: un saco de indiana abrigaba su cuerpo, y su rebozo, terciado del hombro á la cintura, hacia lucir su esbelto y gracioso talle.

Acercaron las mulas, D. Plácido ayudó á subir á Alejandra, que saltó lijera, y luego se colocó bizarramente sobre la suya.—Los criados montaron, haciendo caminar por delante á las béstias cargadas.

Todas las puertas de la vecindad estaban llenas de curiosos que salian para ver partir á los viajeros; D. Plácido y Alejandra contestaron á sus adioses mas ó menos sinceros, y pusieron al trote sus mulas.

Al principio, el camino seguia la misma direccion que el arroyo adonde ocurria Alejandra por la mañana y por la tarde. La tia Ursula, en la puerta de su casita, bendecia á los viajeros, murmurando en voz baja una oracion que se prolongaba todavía, cuando éstos habian ya desaparecido entre el espeso bosque que comenzaba al otro lado del arroyo.

D. Plácido caminaba por delante silencioso y meditabundo, dejándose guiar casi por el instinto de su mula: Alejandra le seguia tambien sin despegar los lábios, y contemplando unas veces la hermosura del paisaje que se estendia hasta tener la inmensidad del mar por horizonte, y reflexionando otras sobre la historia lastimosa de sus padres.

El camino comenzó á hacerse mas sombrío; los viajeros se internaban en el tupido bosque de mangles y de palmeros, bajo la bóveda espesa de verdura que formaba sus entrelazadas hojas; ni un débil rayo de sol penetraba nunca en aquellos desiertos senderos. El musgo cubria los troncos de los árboles; bandadas

de hermosas y pintadas guacamayas lanzaban sobre la verde bóveda y entre el ramaje, alegres y destemplados gritos.

Algunas veces, enmedio de la yerba que se levantaba casi á la altura de un hombre, aparecian las gallardas encornaduras de los venados que huian ligeros á la aproximacion de la cabalgata; á medida que avanzaban en el bosque, se iban debilitando los ruidos que interrumpian el silencio de la selva en la costa, las bandadas de aves eran mas y mas raras, y llegaron por fin á faltar enteramente.

Nada turbaba entonces el solemne silencio del bosque, sino el eco sordo de las pisadas de las béstias.

Los viajeros iban enteramente preocupados con sus pensamientos, y solo algunas veces se oía la voz de algun criado regañando á las mulas de carga ó alentándolas con silbidos agudísimos.

De repente, en uno de los recodos del camino, la mula de D. Plácido se detuvo y retrocedió espantada; dos detonaciones seguidas de armas de fuego atronaron los ecos del bosque; el ginete vaciló en la silla y cayó pesadamente al suelo, en el momento en que cuatro hombres, montados en soberbios caballos, armados de mosquetes y cubierto el rostro con pañuelos de seda negros, se lanzaron sobre Alejandra que estaba á punto de desmayarse, y sobre los criados, que atónitos por la sorpresa, no habian pensado siquiera en hacer uso de sus armas.

LIBRO SEGUNDO.

EL NIDO DE LAS AGUILAS.

I.

Zitácuaro.

LA LIBERTAD es como el sol.

Sus primeros rayos son para las montañas, sus últimos resplandores son tambien para ellas.

Ningun grito de Libertad se ha dado en las llanuras, como en ningun paisaje se ha iluminado primero el valle.

Los últimos defensores de un pueblo libre, han buscado siempre su asilo en las montañas.

Los últimos rayos del sol, brillan sobre los montes, cuando el valle comienza á hundirse en la oscuridad.

Por no desmentir este axioma, la Convencion Francesa en 93 tuvo su llanura y su montaña.

Zitácuaro está situado en una fragosa serranía del Estado de Michoacan.